

Espejo del Tiempo y de la Casa

Bernardo Ruiz

AL INICIO DE LA DÉCADA DE LOS OCHENTA, el rector Fernando Salmerón fue el primer Rector general de la UAM que comprendió la importancia y necesidad de una Difusión Cultural que caracterizara el potencial de la universidad y cumpliera cabalmente con los objetivos de la Ley Orgánica de la institución. La apertura de la Galería Metropolitana, la remodelación y puesta en funcionamiento del teatro Casa de la Paz y las colecciones de libros de creación, además de ensayos acerca de las diversas artes, junto con la revista *Casa del Tiempo* y sendos premios de música y danza, muestran el perfil del proyecto inicial de nuestra casa de estudios.

En tal contexto, *Casa del Tiempo*, con el paso de los lustros, ha mostrado una envidiable permanencia; se ha transformado —con suerte diversa en sus varios ciclos— en punto de referencia obligado del pensamiento de, por y para los lectores interesados en la creación y en el pensamiento afín a las instituciones de educación superior. Como resultado de sus más de 25 años de existencia, ha dado un prestigio tanto nacional como internacional a la UAM.

En retrospectiva, su índice de colaboradores es magnífico: en ella maduraron autores, se tradujeron inéditos, se dio espacio a la creación nacional, y a la expresión y crítica en artes visuales con amplio criterio y permanencia.

Sin embargo, como testigo y como parte de su evolución, veo que *Casa del Tiempo* es una revista importante, mas no ha sabido aún convertirse en una revista imprescindible para el mundo cultural mexicano. Pese a la mejor voluntad de quienes hemos sido sus directores y subdirectores (me encuentro en ambos casos), y al trabajo espléndido de las amplias oleadas de colaboradores destacados que han sumado al proyecto su sensibilidad y talento, por encima de

su trayectoria, la propia universidad no ha sabido acunarla como una revista de presencia institucional y de alcance global —hoy que es posible.

En un mundo donde las empresas culturales cobran viabilidad y turgencia, la UAM deberá aprender aún el camino del cuidado de sus grandes proyectos en el ámbito de la cultura. Perder el celo regional, como de rebozo, que marca todavía la competencia entre las Unidades. Cualidad que les fue útil, quizás, cuando recién creada debían caracterizar su perfil individual ante el rostro colectivo, que ahora, tras 33 años de existencia, es natural y reconocible en cada uno de sus programas, proyectos, estilos y geografías.

Lo mismo habría que decir de algunos protagonismos individuales, donde el pasado se esfuma en beneficio de un dudoso presente. Me pregunto —por ejemplo— por qué no está ya en la Red, ni en ningún servidor de la UAM, la digitalización que se trabajó de las primeras 25 revistas *Casa del Tiempo*. ¿A quién le molestaba aquella revista tan ejemplarmente dirigida por Carlos Montemayor? ¿Es tan insoportable para esta universidad la tradición, la memoria, el recuerdo? Creo que ese no sería el criterio en Oxford, Cambridge, Harvard, Yale o la Sorbona.

Con ello sólo deseo ilustrar que la mayor crítica de la comunidad artística a la revista *Casa del Tiempo* son los criterios —bueno o malos— del director de la revista en turno y la ausencia de una continuidad más definida como testimonio de una obra producto de una inteligente colectividad.

Por otra parte, cuando se contrasta la línea editorial de las revistas culturales comerciales con los cambios radicales que proponen las revistas universitarias, puede encontrarse

la razón de que, en cada ciclo, se pierdan los nichos de lectores lentamente acostumbrados a cada diferente época.

Recuerdo el consejo experto de Federico Campbell a las diseñadoras de *Casa del Tiempo*: les pidió que se consideraran las ventajas ergonómicas del formato tamaño carta, tanto por su manualidad, por su idoneidad para archivarla, por su amplia compatibilidad con el mercado hemerográfico como un estándar para su distribución y venta. “Conviene que consideren —decía— que ese es el espacio de competencia por el lector, ya que no se le está ofreciendo un tabloide, útil para los diarios, ni una revista de arte, donde la imagen requiere de mayores formatos”.

Al paso de los años coincido todavía con Campbell. Una revista de pensamiento y discusión cultural es, fundamentalmente, para leerse, para que el texto sea cómodo de distinguir en una, dos o tres columnas que faciliten, incluso, la asimilación del tema. Y no es, aunque se olvida con frecuencia, zona impune de experimentación con “la mancha tipográfica”, con la que muchos diseñadores definen que son iletrados, aunque icónicos.

Asimismo, Rafael Pérez Gay, con una larga trayectoria en la revista *Nexos*, recomienda mantener de modo constante una serie de secciones, cada una a cargo de un colaborador permanente. “Sólo después de un año el lector moderno descubre que hay ahí una voz que con cada número de la revista se ha convertido en su referencia necesaria, lo cual lo ata emocionalmente a la discusión constante con él”.

Argumento que no se opone a los números temáticos o monográficos que distinguen a muchas revistas universitarias. Mas la presencia de una serie de colaboradores fijos,

como incluso se dan en los diarios —sea en sus secciones o en la página editorial—, familiarizan a una revista con un público. De otro modo, el lector, el potencial suscriptor, carece de un asidero constante para relacionarse con la revista, sus diversos tonos, sus variantes en ocasiones vertiginosas.

A cada vuelta de tuerca, durante cada nueva época de la *Casa del Tiempo* debe, también, padecer la cuesta de las incertidumbres presupuestales, como si el respeto a la Ley Orgánica debiera discutirse en este país donde lo único que no se discute es la ilegalidad. Tales indefiniciones, nótese o no al interior de la institución, pesan en su descrédito —o en su favor— en el mundo real, donde hay lectores atentos a la sensibilidad de la UAM.

Sea esta nueva época por venir de *Casa del Tiempo*, es mi deseo, mejor que las precedentes. Mucho importa que se arraigue tanto al interior de las diversas comunidades de la universidad, como con el exterior, donde pensamos que una casa abierta al tiempo es en realidad la mejor manera de poder discutir y comprender las circunstancias que vivimos. •

BERNARDO RUIZ nació en 1953 en la Ciudad de México. Estudió Letras hispánicas en la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor de UAM-A 1975-1984. Director de Difusión Cultural de la UAM 1995-1998. Fue becario de narrativa del Instituto Nacional de Bellas Artes (1973-74), y del Sistema Nacional de Creadores Artísticos del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000-2006. Es traductor, promotor cultural y editor. Sus obras más difundidas son las novelas *Olvidar tu nombre*, *El último elefante* y *Los caminos del hotel*. En su ensayo *De escritura* aborda los problemas de la creación literaria. Su libro más reciente es el poemario *Los espacios transparentes / La orquesta negra* (CALAMUS-INBA, 2006). Correo electrónico: bruiz@sep.gob.mx

